Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

La igualdad de los caballos

Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación

Rafael Rojas*

Ramiro Guerra y Sánchez (1880-1970), uno de los grandes historiadores cubanos del siglo XX, dedicó un libro a la historia de un cafetal de su familia en Batabanó, puerto en la costa sur de La Habana. Allí contaba Guerra, a partir de estudios de José Antonio Saco en el siglo XIX y de Francisco Pérez de la Riva en el XX, que el cultivo, la comercialización y el consumo del café se introdujeron en Cuba a mediados del siglo XVIII.[1]

Hasta la Revolución Haitiana de 1791, la producción de café en Cuba fue muy precaria. Pero, según Pérez de la Riva y Guerra, el café llegó a la Gran Antilla desde Haití, de donde José Gelabert, primer cafetalero cubano, llevó las semillas fundacionales. Describían estos historiadores las peripecias del café frente a múltiples prejuicios médicos, científicos y religiosos, que imaginaban la bebida como una droga o un alucinógeno. No es extraño que, una vez que el café ganara la pugna ideológica, fueran las farmacias y las barberías los primeros espacios de circulación de la bebida.

Tras la Revolución Haitiana, la región de Santiago de Cuba, en la parte suroriental de la gran isla vecina, experimentó dos fenómenos paralelos: la llegada de decenas de miles de plantadores franceses, con sus familias, y la reproducción de conatos de rebeliones de esclavos, como consecuencia del contagio de rebeldía negra. En su biografía de Toussaint Louverture, el historiador Sudhir Hazareesingh asegura que entre 1795 y 1812 se produjeron una veintena de conspiraciones en ciudades como Bayamo, Puerto Príncipe, Santa Cruz y Güines, sin excluir la más importante y famosa de José Antonio Aponte.[2]

Por lo menos veinte mil colonos de Saint-Domingue, franceses, criollos o familias mestizas, se exiliaron en Cuba en los primeros años del siglo XIX. Una de esas familias fue la de la mulata haitiana Catalina Pirón que, en Santiago de Cuba, daría a luz a su hijo Francois Lafargue. El esposo de Catalina, Jean Lafargue, un colono francés nacido en Bordeaux, fue probablemente ejecutado durante la rebelión de los jacobinos negros.[3]

Entre 1808 y 1814, cuando arreció la inestabilidad en Cuba, como consecuencia de las conspiraciones masónicas y las rebeliones abolicionistas, Catalina Pirón y su hijo vivieron un segundo exilio, esta vez en Nueva Orleans. Sin embargo, el gobernador de la región de Santiago, Sebastián Kindelán, impulsó una política de atracción de los colonos franceses y especialmente de las plantaciones de café, que favoreció al joven Francois Lafargue y su nueva familia.

Dueño de tierras, esclavos, un aserradero y especializado en la tonelería o fabricación de toneles para mieles, ron y aguardiente, el joven Francois Lafargue casó en 1834 con Ana Virginia Armaignac, hija de otro plantador francés exiliado en Cuba, Abraham Armaignac, quien poseía ascendencia judía. Ana Virginia era hija, a su vez, de la mulata Margarita Fripié y Abraham Armaignac y había nacido en Kingston, Jamaica, antes de su traslado a Cuba. Paul Lafargue nació en Santiago de Cuba, en 1842, de la unión de Francois y Ana María, que, entre ambos, reunían ascendentes judíos, franceses, haitianos, jamaiquinos y cubanos.

* CEH/El Colegio de México

1 Ramiro Guerra y Sánchez, **Mudos testigos. Crónica del ex cafetal Jesús Nazareno**, La Habana, Lex, 1948, p. 31; José Antonio Saco, **Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba**, París, D'Aubusson y Kugelmann, 1858, t. I., p. 368; Francisco Pérez de la Riva, **El café: historia de su cultivo y explotación en Cuba**, La Habana, J. Montero, 1944, p. 8.

2 Sudhir Hazareesingh, **Black Spartacus. The Epic Life of Toussaint Louverture**, Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux, 2020, pp. 330-331. Ver también C. L. R. James, **Los jacobinos negros. Toussaint Louverture y la Revolución de Haití**, Madrid, Turner, 2003, pp. 328-332.

3 Leslie Derfler, **Paul Lafargue and the Founding of French Marxism. 1842-1882**, Cambridge, Harvard University Press, 1991, p. 13.

Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

El niño Paul recibió sus primeras letras en la Institución Cubana, que encabezaba el pedagogo francés, Juan Foch, otro exilado de Saint-Domingue en Santiago. Luego de haber dirigido el colegio para niñas Purísima Concepción, el educador fundó aquel centro que a partir de 1850 fue incorporado a las redes de instrucción de la Universidad de La Habana. La historiadora María Cristiana Hierrezuelo sostiene que el sistema educativo de Foch se basaba en la enseñanza del francés y el castellano, aritmética y geografía, álgebra y física, dibujo y esgrima.[4]

De aquella escuela, el niño Lafargue habría pasado al Colegio Santiago, creado por el pedagogo santiaguero Juan Bautista Sagarra Blez, descendiente de vascos. Sagarra, que había estudiado en el Seminario de San Basilio Magno y luego se había graduado de filosofía en la Universidad de la Habana, llegó a ser miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País y tuvo trato frecuente con letrados criollos de mediados del siglo XIX como José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte.

Además de su gestión al frente del Colegio Santiago y, luego, de la Escuela General Preparatoria, en la misma ciudad, Sagarra fue el creador de una **Librería para niños**, suerte de compendio de instrucción básica y moral cristiana que aplicó a sus proyectos pedagógicos.[5] En el **Centón epistolario** de Domingo del Monte se menciona con frecuencia a Sagarra como un pensador familiarizado con las ideas del eclecticismo del filósofo francés Victor Cousin, heredero de Royer-Collard y Maine de Biran.[6]

Esa mención permitiría inducir que no necesariamente el niño estuviera expuesto a ideas como las de José de la Luz y Caballero, férreo objetor del "espiritualismo ecléctico" de Cousin desde una defensa de la tradición filosófica cubana, nacida con José Agustín Caballero y Félix Varela, sino a las de otros pensadores de aquella época, como el propio Domingo del Monte, cercano a Sagarra.[7] Este último acompañó el eclecticismo cousiniano con un acentuado catolicismo, fácilmente detectable en su obra pedagógica.

Aunque su lengua materna, la que se hablaba en casa de los Lafargue, fuera el francés, Paul habría recibido una formación primaria fundamentalmente hispano-católica. Aún así, no dejaría de ser irónico que las primeras nociones sobre el pensamiento de Victor Cousin, un pensador que en varios de sus ensayos de madurez, como **El derecho a la pereza** y **El origen de las ideas abstractas**, era cuestionado como uno de los principales referentes del sofismo burgués, las alcanzara en Santiago de Cuba.

En un conocido artículo de 1962 del entonces canciller del gobierno revolucionario, Raúl Roa, se especulaba sobre la posible influencia de Del Monte en el niño Lafargue.[8] Lo cierto es que Del Monte partió al exilio en enero 1844, implicado en la conspiración abolicionista de La Escalera y la campaña del cónsul británico David Turnbull, y entonces Lafargue no había cumplido dos años. También aluden Salvador Morales y Leslie Derfler a alguna influencia de Pedro Santacilia, el poeta liberal santiaguero, discípulo de Sagarra.[9]

El también especulativo contacto de Lafargue con Santacilia parece más tangible, ya que ambos vivieron en Santiago de Cuba entre 1845, cuando el segundo, nacido en 1829 pero trasladado a España desde niño, regresó a su ciudad natal, y 1851, cuando ambos vuelven a salir de la isla. En esos seis años, mientras Lafargue estudiaba en el Colegio Santiago, Santacilia fue, junto con Luis Baralt, editor de **El Redactor**, uno de las más destacadas publicaciones literarias santiagueras.

También Santacilia se interesó en aquellos años por la agricultura y la agronomía, publicando una monografía titulada **Instrucción sobre el cultivo del cacao** (1845), en la que defendía las potencialidades de esa producción en una zona fundamentalmente cafetalera. Es muy probable que aquella publicación llamara la atención de Francois Lafargue, dueño de un cafetal en Santiago de Cuba, quien en 1852, en Bordeaux, llevaría a su hijo a escuchar una conferencia sobre la importancia del drenaje en la agricultura comercial.[10]

Derfler sugiere que en la decisión de los Lafargue de marcharse a Francia, a fines de 1851, pudo haber pesado la incertidumbre del clima revolucionario en la isla, provocado por las conspiraciones y expediciones anexionistas, con las cuales simpatizaban Santacilia y otros liberales de Santiago. Entre 1850 y 1851 se produjo un movimiento anexionista en Puerto Príncipe y Trinidad, coordinado con la Junta de Nueva York, y encabezado por Joaquín Agüero y Agüero, que fue reprimido por la Capitanía General, encabezada por José de la Concha.[11]

También en 1851, año de la salida de los Lafargue a Francia y la deportación de Santacilia a Sevilla, por un decreto del general Concha, se produjo la segunda expedición de Narciso López, después de la del puerto de Cárdenas, en mayo de 1850, esta vez por una playa de Pinar del Río, resultando capturado y ejecutado el general de origen venezolano.[12] Santa-

4 María Cristina Hierrezuelo-Planas, "Juan Foch: un profesor de todos los tiempos", en **Santiago**, n° 130, 2013, pp. 5-17.

5 José A. Escalona Delfino, "Juan Bautista Sagarra. El pensador", en **Santiago**, n° 109, 2006, pp. 5-18.

6 Domingo del Monte, **Centón epistolario**, **t. II**, La Habana, Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2002, p. 307.

7 Alicia Conde (ed.), **La polémica filosófica cubana (1838-1840)**, **t. I**, La Habana, Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2000, pp. 50-58.

8 Raúl Roa, "Evocación de Pablo Lafargue", en **Cuba Socialista**, n° 6, 1962, p. 57.

9 Salvador Morales, **Pablo Lafargue: textos escogidos**, La Habana, Ciencias Sociales, 1976, p. 1.

10 Leslie Derfler, *op. cit*., p. 17.

11 José Ignacio Rodríguez, **Estudio sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a Estados Unidos**, Miami, Editorial Cubana, 2001, p. 158.

12 *Ibídem*, p. 160.

cilia lograría huir de su deportación por Gibraltar y viajar, primero a Nueva York y luego Nueva Orleans, donde se involucraría en la causa anexionista y conocería a su futuro suegro, Benito Juárez.

Los Lafargue arrendaron sus negocios en Santiago de Cuba y se establecieron en Saint-Seurin Fondaudège, Bordeaux. Hasta 1858, por lo menos, según los estudios de Derfler, vivieron de las rentas de sus propiedades y esclavos en el Caribe y en ese año compraron una propiedad en la Rue Naujac de Bordeaux a un hacendado francés radicado en Nueva Orleans. En esos mismos años, Francois Lafargue invirtió 50.000 francos en un hotel de Bordeaux y compró una propiedad por otros 30.000 en las afueras de la ciudad. Cuando la familia se mudó a Francia, el padre, que había vivido más de cuarenta años en la isla, todavía preservaba una casa en Santiago de Cuba.

Derfler asegura que los Lafargue tuvieron esclavos en sus empresas cubanas y que apenas en 1866 ordenarían la liberación de una de ellas, de 40 años, llamaba Geneviève. Esa tardía liberación habría molestado al joven Lafargue, ya graduado de medicina e inscrito en el primer círculo marxista.[13] Junto con su rechazo al imperio de Napoleón III, surgido de la traición de los ideales revolucionarios de 1848, el malestar con el perfil colonialista y esclavista de su padre debió pesar en su educación sentimental socialista.

Desde su traslado a Europa, el niño Lafargue tuvo una formación intensamente francesa, primero con Roger-Micé, un maestro privado, y luego en los Liceos de Bordeaux y Toulouse. Luego de culminar sus estudios preuniversitarios ingresó en la Facultad de Medicina de París. Como muchos de sus compañeros de generación, Georges Clemenceau, Paul Brousse, Albert Regnard y Edouard Vaillant, Lafargue estudió medicina en medio de un generalizado proceso de radicalización anti bonapartista y antiimperial, republicana y socialista.

Escamas en los ojos

Lafargue estudió medicina en un París intelectualmente marcado por la asimilación de las tesis positivistas de Auguste Comte y políticamente impactado por los liderazgos de Louis Auguste Blanqui y Pierre-Joseph Proudhon. Comte había fallecido en 1857, dejando una huella tangible en los debates intelectuales franceses a través de la recepción de su **Curso de filosofía positiva** (1842). Lafargue, tan admirador de la claridad de Charles Darwin como crítico de la lengua confusa de Comte, se hizo socialista bajo una doble formación científica y política.

Durante sus estudios de medicina en París, la figura tutelar era Blanqui, líder de la Revolución de 1848 y la Segunda República, que había capitalizado el malestar juvenil contra el imperio de Napoleón III. Entre los estudiantes de medicina y derecho más radicales, Blanqui ejerció una verdadera fascinación, sobre todo, después de su penúltimo encarcelamiento y fuga del hospital Necker, en 1865, al que siguió su exilio en Bruselas. Lafargue, junto a otros de sus compañeros, como Charles Longuet, su futuro concuño, editor de **La Rive gauche**, donde publicaría sus primeros artículos, Clemenceau o Vallès, que Derfler llamaba "blanquistas de segunda línea", se solidarizó con el viejo dirigente.[14]

Aunque Blanqui escribió un ensayo astronómico bastante leído, **La eternidad a través de los astros**, su impronta en aquella generación fue fundamentalmente política. Proudhon, en cambio, ofrecía a los jóvenes blanquistas un bagaje doctrinal y moralista, contenido, sobre todo, en sus estudios sobre la propiedad, la filosofía de la miseria, las ideas revolucionarias del siglo XIX y la defensa del federalismo republicano. Blanqui y Proudhon reforzaron la orientación masónica, atea y socialista de aquellos jóvenes franceses.

También Blanqui y Proudhon serían fundamentales en la inserción de aquellos jóvenes en las redes del movimiento obrero internacional. A través de ellos fue que Lafargue asistió al Congreso Internacional de Estudiantes de Liege, Bélgica, en 1865. Su activismo socialista motivó una furiosa reacción del clero, de las instituciones educativas del imperio y de la propia Facultad de Medicina de París, de donde sería expulsado a finales de ese año.

Los biógrafos coinciden en que fue entonces que surgió la idea de trasladarse a Londres al año siguiente, 1866, con la idea, según sus padres, de continuar los estudios de medicina, pero también con el propósito personal de involucrarse en la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional, creada en Londres en 1864. Lafargue llegó a la capital británica en febrero de 1866 y muy pronto conoció a Marx, su esposa y sus hijas, en su casa de Modena Villas, en Maitland Park. Las primeras menciones de Lafargue en la correspondencia de Marx datan de marzo de aquel año.

A pesar de sus impulsos militantes, durante los primeros meses en Londres, Lafargue intentó continuar sus estudios médicos en el hospital Saint-Bartholomew. De hecho, podría documentarse a través de sus escritos que sus lecturas sobre medicina y biología se mantuvieron e, incluso, se incrementaron en aquellos años en que pasó a trabajar directamente en el Consejo General de la Internacional. La conclusión de Derfler sobre el paso "de la medicina a la política" y del "blanquismo y el proudhonismo al marxismo", podría matizarse desde la obra escrita de Lafargue y desde la propia biografía

13 Leslie Derfler, *op. cit*., p. 17.

14 *Ibídem*, p. 22.

Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

del cubano, quien culminaría sus estudios de medicina en 1868.[15]

Muy difícilmente Lafargue desconocía las críticas de Marx a Proudhon desde mucho antes de reunirse con su futuro suegro en Londres. Tanto en **Miseria de la filosofía** (1847) como en las detalladas cartas a P. V. Annenkov de diciembre de 1846 y a J. B. Schweitzer, de enero de 1865, Marx desarrolló sus objeciones a las tesis de economía política, pero también al moralismo teísta, el anarquismo y el socialismo utópico de Proudhon.[16] Seguramente aquellas ideas fueron tema de conservación entre Marx y su yerno durante casi todo el año de 1866.

El encuentro entre Marx y Lafargue se produjo cuando el primero daba los toques finales al manuscrito del primer tomo de **El Capital** (1867), publicado en el verano del año siguiente. Lafargue describió aquellas conversaciones con Marx, en largas caminatas por los parques de Londres, como una revelación: "fue como si se me cayeran escamas de los ojos. Por primera vez comprendí claramente la lógica de la historia universal y pude remontarme a los orígenes materiales de fenómenos aparentemente tan contradictorios como el desarrollo de la sociedad y las ideas".[17] Como veremos, no todas aquellas escamas cayeron de los ojos de Lafargue.

Para Lafargue el contacto con Marx sería decisivo no sólo desde el punto de vista intelectual: también lo fue en su vida afectiva y en su compromiso político. La correspondencia de Marx con el joven médico francés, y también con su padre, Francois Lafargue, es muy ilustrativa sobre las contradicciones del propio Marx: un pensador que intentaba revolucionar el capitalismo desde una concepción materialista de la historia, pero que se comportaba, en buena medida, como un burgués victoriano, con todos los prejuicios morales y raciales de aquel segmento social.

Es conocida la carta de Marx a Lafargue, del 13 de agosto de 1866, en que el autor del **Manifiesto Comunista** (1848) reprochaba la forma en que Lafargue cortejaba a su hija Laura sin haberse establecido un compromiso formal. Objetaba Marx los "cambios de conducta" del cubano en "el estrato geológico de una sola semana".[18] Deploraba también su "pasión incontrolada y sus manifestaciones de familiaridad prematura", que atribuía a "su temperamento criollo".[19] En la correspondencia de Marx las alusiones despectivas al origen caribeño o afrodescendiente de Lafargue serían muy frecuentes.

Lo revelador es que junto con esas expresiones peyorativas había también un llamado a la formalización del compromiso y a una "exposición clara de la posición económica" de Lafargue, que Marx debió suponer holgada por sus conversaciones con Laura.[20] Sin embargo, Marx, otra vez, no atribuía la "falta de diligencia natural" u holgazanería de Lafargue a la riqueza de su familia sino a sus orígenes antillanos. Como se vería unos años después, aquella propensión respondía a una actitud filosófica de mayor peso doctrinal.

Unas semanas después de aquella carta, Pablo y Laura formalizaban su compromiso y Marx entraba en contacto con Francois Lafargue, quien enviaría vinos de regalo al fundador del comunismo. En una carta de Marx a Lafargue padre, en noviembre de 1866, el autor de **El Capital** le pedía que aconsejara a su hijo que moderara el tono de sus artículos en **La Rive Gauche** y controlara su trabajo de propaganda para evitar la represión imperial francesa. Lafargue, por lo visto, no hizo caso a ninguno de sus padres, el biológico y el intelectual.

De lo que no cabe duda es que entre 1867 y 1868, mientras trabajaba en la Internacional, especialmente en los preparativos de los congresos de Lausana y Bruselas, Lafargue se propuso graduarse de medicina y casarse con Laura Marx. Para cuando se celebró el matrimonio civil en Pancras County, en abril del 68, los Marx habían visitado a los Lafargue en Bordeaux y los Lafargue habían pasado varias temporadas en Londres. En el verano de ese año, Lafargue se graduó de medicina en Londres.

En aquellos años, sus artículos en **La Rive Gauche** lo presentaban como un opositor vehemente al imperio bonapartista y, a la vez, como un socialista doctrinalmente flexible y ecléctico. No había en esos textos rupturas con Blanqui o Proudhon, quien había fallecido en 1865, y una reclamación de la herencia de Marx y Engels, Kant y Hegel, Comte y Darwin, Fourier y Saint-Simon. Mientras Marx acostumbraba a referirse a su yerno como el "gorila", el "negrito" o el "africano", Lafargue, orgullosamente, firmaba algunos de aquellos artículos como "El Mulato".[21]

Los biógrafos de Marx tienden a subestimar las fricciones con los Lafargue por estereotipos raciales, pero la propia obra del cubano dará muestras de distanciamiento de los clichés evolucionistas, así como del patriarcalismo que subsistían en el pensamiento de los primeros marxistas. Lafargue, como marxista de segunda generación, mostró interés en un repertorio de derechos sociales que rebasaban la identidad de la clase obrera como sujeto revolucionario, tan decisiva para su suegro.

15 *Ibídem*, p. 34.

16 Karl Marx y Friedrich Engels, **Obras escogidas**, **t. I**, Madrid, Akal, 2015, pp. 402-409; **t. II**, pp. 469-481.

17 Paul Lafargue, **Recuerdos de Marx**, Ciudad de México, Omegalfa, 2016, p. 11.

18 Jenny, Laura y Eleonor Marx, **Las hijas de Karl Marx. Correspondencia familiar. 1866-1898**, Madrid, Libros Corrientes, 2019, p. 64.

19 *Ibídem*.

20 *Ibídem*.

21 Jonathan Sperber, **Karl Marx**, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, p. 389; Sven-Eric Liedman, **Karl Marx. Una biografía**, Madrid, Akal, 2020, p. 106.

Así como Lafargue proyectaba una heterodoxia teórica, que no se ceñía firmemente al materialismo histórico de Marx y Engels, su lealtad política a ambos pensadores alemanes era resuelta. Así se confirmaría en sus posiciones en la prensa socialista francesa y también en su trabajo dentro de la Internacional ante fenómenos como la guerra franco-prusiana, la caída del imperio y el nacimiento de la Tercera República. La correspondencia entre Marx y Lafargue en esos años demuestra una cohesión política firme, que se acentuaría en los días de la Comuna de París y la misión del cubano en España.[22]

Contra el anarquismo español

En el verano de 1871, Paul Lafargue debió huir de Bordeaux tras una orden de captura en su contra emitida por el gobierno de Adolphe Thiers. Llegó a Graus, la ciudad aragonesa, muy cerca de los Pirineos y fue arrestado por la policía española, a solicitud de Francia. Lafargue había sido uno de los principales organizadores de *La Commune* en Bordeaux y uno de los principales redactores del periódico socialista local **La Tribune**. De Graus, lo trasladaron a Huesca, donde lo liberaron a los pocos días al reconocerlo como súbdito de la Corona española.[23]

Según sus propias cartas y la exhaustiva biografía de Leslie Derfler, el gobernador de la provincia, "un verdadero caballero", compartió con Lafargue vino y habano y, en buen castellano, conversó de temas políticos con el dirigente socialista. Las autoridades españolas concluyeron que no había razón para extraditarlo a Francia, sin evidencias para acusarlo de asesinato, pillaje e incendio, como sostenía el gobierno francés. De Huesca, Lafargue se trasladó a San Sebastián donde se reunió con su esposa, Laura Marx, y su hijo Etienne, a quien los Marx llamaban "Schnaps". En los años previos al exilio en España, el matrimonio había perdido dos hijos al nacer.

En Madrid, Lafargue entró en contacto con algunos de los principales dirigentes socialistas españoles, partidarios de la Primera Internacional, como Anselmo Lorenzo, Francisco Mora, Pablo Iglesias y José Mesa, director del periódico **La Emancipación**, donde muy pronto comenzaría a escribir. Tras la desaparición de **La Solidaridad**, en enero de 1871, **La Emancipación** se convertiría en el principal órgano de la corriente marxista dentro del socialismo español.[24]

La misión de Lafargue en Madrid, como se desprende de su correspondencia con Engels, fue reorientar al socialismo español a favor del marxismo, en contra de la ascendente influencia de Bakunin y el anarquismo. Giuseppe Fanelli, un republicano defensor de la unificación italiana, que había respaldado las luchas de Mazzini, Garibaldi y Pisacane, derivó hacia el anarquismo en los años 60 y adhirió a la corriente bakuninista de la Internacional. Esa corriente, reunida en la Alianza de la Democracia Socialista, lo había enviado a España en los años previos a la Revolución de 1868.

La impronta de Fanelli y el "aliancismo" se hizo sentir a principios de los años 70 en publicaciones como **La Federación** de Barcelona, donde escribían líderes anarquistas como Rafael Farga Pellicer y Max Nettlau, quienes se carteaban regularmente con Bakunin. Luego, tras la llegada de Lafargue a España, la corriente aliancista se refugiaría en **El Condenado**, un periódico anarquista madrileño, dirigido por Tomás González Morago, que hostilizaría a los marxistas y denunciaría a Lafargue como espía del Consejo General de la Internacional.

El intenso debate entre **La Emancipación** y **El Condenado**, entre 1871 y 1872, resume la polémica entre marxismo y anarquismo dentro de la Primera Internacional. Pero aquella polémica, lo mismo que la propia misión de Lafargue en España, es incomprensible sin la interpretación que Marx y Engels hicieron de la Comuna de París y las lecciones que, a juicio de ambos, se derivaban de ese fenómeno para el movimiento obrero. La Comuna, según Marx y Engels, había puesto en evidencia las limitaciones simultáneas del republicanismo, el anarquismo proudhoniano o bakuninista y la socialdemocracia lasalleana. Tres corrientes que Marx, en una carta a Friedrich Bolte, en noviembre de 1871, llamó "sectas", y que Engels, en otra a Theodor Cuno, en enero de 1872, enmarcaría entre las alternativas del abstencionismo anarquista y la politiquería socialdemócrata.

Los escritos de Marx sobre la Comuna de París, reunidos en el volumen **La Guerra civil en Francia** (1871,) y los propios mensajes oficiales del Consejo General de la Internacional, sostenían que el movimiento obrero parisino había sido traicionado por la burguesía republicana y por las comunas rurales anarquistas.[25] Mientras la primera, de la mano de Thiers, había arrestado a Auguste Blanqui, boicoteado las medidas populares del Consejo Comunal y, finalmente, reprimido a los comuneros, las segundas, especialmente, las de Narbonne, Limoges y Marsella, se habían radicalizado, intentando recrear un Comité de Salud Pública al que los marxistas se opusieron.

La conclusión de Marx fue que el proletariado no podía aspirar a apoderarse del aparato jurídico y administrativo, militar y clerical del Estado tan sólo para cambiar de régimen político, como querían los republicanos, ni desentenderse plenamente del poder político central de la nación, como soste-

22 *Ibídem*, pp. 151-153 y 166-174.

23 Leslie Derfler, *op. cit*., p. 112.

24 Julián Vadillo Muñoz, "Bajo el influjo de un italiano y un francés. Fanelli y Lafargue en la fundación de la Internacional en España", en **Investigaciones Históricas**, Universidad de Valladolid, n° 37, 2017, pp. 175-203; Michel Ralle, "**La Emancipación** y el primer grupo marxista español", en **Estudios de historia social**, n° 8/9, Madrid, 1979, pp. 99-108; Juan Luis Güereña, "Contribución a la biografía de José Mesa: de **La Emancipación** a **L'Égalité**", en **Estudios de historia social**, n° 8/9, Madrid, 1979, pp. 129-141.

25 Karl Marx y Friedrich Engels, **Obras escogidas**, t. **I**, *op. cit*., pp. 505-510.

Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

nían los anarquistas. En carta a Ludwig Kugelman, de abril de 1871, Marx afirmaba que el objetivo de la Comuna debía ser "no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrática-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla". Pero Engels, en la ya citada carta a Cuno, agregaba que el error de los anarquistas consistía en pensar que la aniquilación del Estado era el punto de partida de la revolución social. Cuando la secuencia debía ser al revés: primero la revolución social contra el capital y la propiedad privada y luego la aniquilación gradual del Estado.

Según Engels, la doctrina bakuninista había logrado un gran predicamento en países de capitalismo más atrasado, como Rusia, Italia y España, precisamente por las tradiciones regionalistas, anticentralistas o centrífugas de las comunidades rurales. Pero a su juicio, y el de Marx o Lafargue, propagar el abstencionismo político, es decir, la no intervención en los asuntos del Estado, el gobierno o la administración local, no era más que poner el destino de los campesinos en manos de los terratenientes y los curas. Justamente, en países como España, los socialistas y los obreros debían prepararse para tomar el poder del Estado, no para destruirlo. El encargo del Consejo General de la Internacional a Lafargue, en Barcelona y Madrid, fue combatir a los "individuos de esa calaña", o sea, la calaña de Bakunin.

La línea editorial trazada por **La Emancipación** y José Mesa, en 1872, permite leer las enseñanzas de la Comuna de París para el socialismo español, de acuerdo con Lafargue. En la primera, donde apareció por entregas el **Manifiesto Comunista**, en traducción de Mesa, se publicaron varios artículos que atacaban a los "aliancistas" y "abstencionistas" con argumentos muy parecidos a los de la correspondencia entre Engels y Lafargue.[26] En sus propios artículos, Lafargue proponía adaptar las tesis de la Internacional y las lecciones del fracaso de la Comuna al caso concreto español.[27] La síntesis de aquellas ideas se encuentra en un par de ensayos más extensos, "El programa del partido republicano y el programa de la Internacional" (1872), que según Juan Luis Güereña originalmente se llamó "La Internacional y las facciones burguesas de España" (1872), y el folleto **A los internacionales de España** (1872), donde Lafargue resumió sus posiciones sobre el socialismo peninsular.[28]

La tesis central de aquellos textos era que, en las condiciones del capitalismo español, la lucha de los obreros no podía subordinarse al republicanismo federal que comenzaba a ganar respaldo popular con la campaña de Francisco Pi y Margall contra la Constitución de 1869, que siguió a la Revolución de septiembre del año anterior. En una sociedad mayoritariamente agraria y con un regionalismo en ascenso, como la española, podría darse una conjunción entre ese republicanismo federal y un anarquismo anticentralista que subordinaría la causa de los obreros a la política burguesa. De producirse una transición republicana, como la que brevemente tendría lugar en 1873, en España podía repetirse la historia de la Comuna de París.

La visión antirrepublicana y antianarquista de Lafargue fue reproducida literalmente por Mesa en su artículo "A los representantes del Partido Republicano Federal reunidos en Madrid", en marzo de 1872. Luego de esos posicionamientos, la Federación Madrileña de la Internacional, controlada por los bakuninistas y en diálogo con líderes republicanos y federalistas, decidió expulsar al grupo de marxistas de **La Emancipación** (Mesa, Mora, Lorenzo e Iglesias), que crearon su propia asociación, llamada Nueva Federación Madrileña. El cisma se pronunció aún más en un congreso obrero celebrado en Zaragoza y, luego, en septiembre de 1872 en el Congreso de la Internacional en la Haya, donde Lafargue, que asistió como delegado de esa organización y de otra de Alcalá de Henares, debió enfrentarse cara a cara los bakuninistas de la Alianza Democrática Socialista (Farga, Alerini, González Morago y Alonso Marselau), que desde **El Condenado** y otros periódicos anarquistas lo había acusado de traidor.

En su lectura francesa de la realidad española, Lafargue vio a Pi y Margall como una versión de León Gambetta y a González Morago como el Auguste Blanqui madrileño. Su prédica, sin embargo, no bastó para reducir la fuerza del anarquismo dentro del movimiento obrero español. Leslie Derfler concluye que Lafargue fracasó en su misión de hacer hegemónica la visión de Marx y Engels sobre la Comuna en Madrid, pero triunfó en la difusión doctrinal del marxismo en España. Gracias a su esfuerzo la traducción de textos de Marx, como **La miseria de la filosofía**, contra Proudhon, cobró un enorme impulso en Madrid, Valencia y Barcelona.

En aquel verano madrileño de 1872, Lafargue y Laura perdieron a su hijo Etienne, el tercero que moría en muy pocos años. Luego del congreso de La Haya, que sería el último de la Primera Internacional, antes de su disolución en 1876, el matrimonio se estableció en Londres, ciudad donde vivirían por un tiempo, hasta instalarse en Draveil, en el sudeste de París. En el Congreso de La Haya, Lafargue se reencontró con Raymond Wilmart, el socialista belga, promotor del marxismo en Argentina, a quien había conocido en 1870 en Burdeos. En un testimonio rescatado por Horacio Tarcus, Wilmart recordaba a los Lafargue como "muy ricos y generosos", con "corazones de oro", que habían entregado sus fortunas a la causa comunista.[29]

26 *Cfr*. "La Internacional ante los partidos políticos", en **La Emancipación**, n° 49, 29/5/1872; "El pacto de Saint-Imier", en **La Emancipación** n° 69, 23/10/1872; "La Internacional en España", en **La Emancipación** n° 81, 4/1/1873.

27 Paul Lafargue, "La organización del trabajo", en **La Emancipación**, n° 15, 19/9/1871; Paul Lafargue, "La apología de San Simón", en **La Emancipación**, n° 30, 7/1/1872; Paul Lafargue, "La panacea de la burguesía", en **La Emancipación**, n° 33, 28/1/1872; Paul Lafargue, "La panacea de la burguesía II", en **La Emancipación**, n° 34, 4/2/1872; Paul Lafargue, "La huelga de los ricos", en **La Emancipación**, n° 31, 14/1/1872.

28 Juan Luis Güereña, "**La Emancipación. 1871-1873**", en J. T. Álvarez *et al.*, **Prensa obrera en Madrid**, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987, p. 139.

29 Horacio Tarcus, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros,**

Un marxismo matriarcal

El 23 de marzo de 1900, en París, Lafargue dio un discurso ante el Grupo de Estudiantes Colectivistas, perteneciente a las juventudes del Partido Obrero Francés. Se congratulaba de dar el discurso bajo la presidencia de Auguste Vaillant, "uno de los intelectuales franceses más reconocidos, dentro del socialismo europeo", después de la muerte de Marx, Engels y Lavroff.[30] Esa conciencia de haber sobrevivido a Marx era central para la construcción de una identidad autoral en Lafargue. De hecho, la mayor parte de su obra escrita, tratadística o ensayística, es decir, no periodística, se publicó después de la muerte de Marx en 1883.

En aquel discurso, Lafargue reiteraba algunas ideas sostenidas por él desde los años posteriores a la Comuna de París y, específicamente, en **El derecho a la pereza** (1883). La burguesía había dejado de ser revolucionaria, había renunciado a los ideales filosóficos de la Ilustración, y renegaba de Rousseau, Diderot y Voltaire. El capitalismo despreciaba la propiedad intelectual, objetaba el darwinismo social, no se solidarizaba ni con Dreyfus ni con Boulanger y alternaba entre la religión y la ciencia.[31] Los prototipos del intelectual capitalista eran los inventores, no Edison o Franklin, sino los emprendedores tipo Lesseps, Rockefeller, Vanderbilt, Rothschild, Carnegie, Rhodes, Barnato, Beit, Robbers.[32] Balzac y Zola eran grandes escritores, pero la burguesía los había convertido en entretenedores del capitalismo.

Los intelectuales socialistas, que tras la derrota de la Comuna, se habían mudado al Latin Quarter —Jules Guesde se mudó a la Rue de la Pitié, Vaillant a la Rue Mongue y él mismo al Boulevard de Port Royal— tenían el deber de mantener vivo el legado marxista.[33] Aquellos socialistas que habían gentrificado los barrios bohemios, pensando que atraerían a los intelectuales y los universitarios, descubrieron, en cambio, que los escritores y artistas estaban más interesados en aprovechar una condición de privilegio para escalar niveles dentro de la burguesía. Esa entrega a la mecánica capitalista ponía en riesgo la propiedad intelectual, que Lafargue defendía. Concluía Lafargue afirmando que la intelectualidad debía liberar y emancipar la ciencia, la literatura y el arte del "yugo capitalista" y de la "esclavitud del comercialismo" para salvarse a sí misma.[34]

El discurso bien podría ser leído como un resumen del programa intelectual de Lafargue desde 1883. Veinte años antes, su ensayo **El derecho de la pereza** había comenzado casi replicando el tono del **Manifiesto Comunista** de Marx y Engels. Las primeras líneas del texto, luego del exergo de Lessing ("seamos perezosos en todas las cosas, excepto en amar y en beber, excepto en ser perezosos"), era un claro homenaje a la gramática del marxismo fundacional:

Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras en las naciones donde reina la civilización capitalista, una locura que no es sino resultado de las miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda por el trabajo llevado hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su prole. Los curas, los economistas, los moralistas, en lugar de reaccionar contra esta aberración mental, han santificado el trabajo.[35]

Cuatro décadas atrás, Marx y Engels arrancaban su panfleto memorable con la definición del espectro que recorría el mundo: el comunismo. Luego enumeraban todos los actores enrolados en la cruzada contra el fantasma comunista: el Papa, el Zar, Metternich, Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. Lafargue hacía lo mismo, pero apuntando contra la renovada moralidad calvinista del trabajo industrial. Thiers, la Iglesia, los empresarios, los profesores de economía política e, incluso, los políticos socialistas idealizaban la ética laboral, incluso, si esa idealización se confundía con una conciencia de clase emancipadora.

Pero la crítica de Lafargue se sustentaba en una lectura de la historia universal muy poco marxista o claramente revisionista. Lo que el cubano sostenía es que ese puritanismo del trabajo era un fenómeno reciente, propio de la expansión del capitalismo industrial en el siglo XIX. Desde la antigüedad griega, romana y cristiana (Herodoto, Pitágoras, Jenofonte, Cicerón, Cristo) hasta la Enciclopedia francesa (Rousseau, Voltaire, Diderot) se sostuvo que el ocio era más necesario para el hombre que el trabajo.[36]

El siglo XIX había producido una degradación intelectual que se veía personificada en los dogmas cristianos sobre el trabajo promovidos por economistas como Bastiat, Dupanloup, Beaulieu, Say y otros.[37] El correlato de aquella doctrina teológica y económica, que Max Weber expondría de un modo más sofisticado pocos años después, en **La ética protestante y el espíritu del capitalismo** (1900), era la literatura y el

intelectuales y científicos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 513.

30 Paul Lafargue, **The Right to be Lazy and Other Studies**, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1907, p. 68. Charles H. Kerr fue el traductor y editor de este libro de Lafargue, así como de otro más enjundioso, titulado **Social and Philosophical Studies**, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1906.

31 *Ibídem*, pp. 82-83.

32 *Ibídem*, pp. 88-90.

33 *Ibídem*, pp. 93-94.

34 *Ibídem*, p. 104.

35 Paul Lafargue, **El derecho a la pereza. El mito de Prometeo. El ideal socialista**, Ciudad de México, Grupo Editorial Tomo, 2015, p. 19.

36 *Ibídem*, pp. 21 y 74-79.

37 *Ibídem*, p. 77.

Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

pensamiento románticos, frente a los que Lafargue, a diferencia de Marx, se colocaba de un modo confrontacional.

En **El derecho a la pereza**, Lafargue adelantaba algunas críticas a pensadores románticos, como Comte, a quien llamaba "penosamente confuso", o Cousin, "que no llegaba ni a la suela del zapato, poniéndose de puntillas" de Platón o Aristóteles. Pero también llamaba a Victor Hugo "charlatán romántico" y a Paul de Kock "ingenuamente grotesco".[38] Aquellas críticas no reflejaban plenamente la lectura o la valoración íntegra de la obra de aquellos autores por Lafargue. De ahí que ese ensayo apareciera, en buena medida, como anuncio del proyecto intelectual, que en los años siguientes lo llevarían a abordar recurrentemente tres cuestiones cruciales para el marxismo de segunda generación: los intelectuales, las mujeres y el racismo.

En otro ensayo de aquellos años, Lafargue sostenía que el XIX era el "siglo del capitalismo" y que su desarrollo involucraba en la misma dinámica mundial todas las regiones de la tierra.[39] Esa dimensión mundial había producido una reconciliación del capitalismo con el cristianismo. De ahí que la literatura decimonónica, especialmente la del romanticismo cristiano, tipo Chateaubriand, era la "literatura del capitalismo".[40] En textos posteriores incluiría a autores como Eugene Sue y Paul de Kock dentro de esa categoría.

En un artículo escrito tras la muerte de Victor Hugo en 1885, mientras el cubano estaba recluido en la prisión de Sainte Pélagie, por su defensa de los mineros huelguistas de Decazeville, y que luego se publicó como libro en 1902, Lafargue resumió su lectura de Victor Hugo. La multitud de más de 300.000 personas en los funerales del poeta en Père Lachaise confirmaba que Hugo había trascendido la condición de escritor o intelectual para convertirse en una leyenda: un "prócer o un semidiós".[41] Esa mutación, según Lafargue, era explicable desde la política: Hugo encarnaba la oposición al imperio de Napoleón III.

Los anarquistas, encabezados por Élisée Reclus, participaron en el masivo funeral con banderas rojas, para reafirmar el legado de la Comuna de París. Lafargue interpretaba el gesto como una señal crítica en medio del multitudinario duelo, que venía a recordar que tras la transición política a la Tercera República, el mensaje del escritor perdía validez. Una vez alcanzada la forma republicana de gobierno, las demandas socialistas y anarquistas se convertían en la nueva meta a lograr.[42]

El ensayo de Lafargue sobre Hugo era una muestra de su revaloración del anarquismo francés, pero también una reafirmación de su crítica al romanticismo. Recordaba el cubano que el autor de **Los miserables** había sido católico hasta 1830 y que en sus últimos años había experimentado un giro conservador.[43] Eso explicaba que la burguesía hubiese pensionado a Hugo, coronándolo literariamente, tal y como había coronado filosóficamente a Cousin.[44] Aquel severo juicio sobre Hugo implicaba una reacción estética contra el romanticismo y el naturalismo mucho más profunda.

En la misma conferencia sobre el socialismo y los intelectuales de 1900, Lafargue llamaba a los escritores y artistas a revolucionar las formas de expresión a la misma velocidad y con la misma contundencia velocidad con que la ciencia derribaba los mitos modernos. Ese vanguardismo, que se adelantaba a Antonio Gramsci, surgía del profundo malestar del pensador con la tradición romántica de la primera mitad del siglo XIX, que, a su juicio, no había sido liderada por Hugo sino por Chateaubriand.

En el ensayo "Los orígenes del romanticismo: estudio crítico sobre el periodo revolucionario" (1896), publicado en **Le Devenir social**, Lafargue profundizaba aquella crítica al romanticismo. Con **Atala**, **René** y **El genio del cristianismo**, en los primeros años del siglo XIX, se fundó la escuela romántica, que equivocadamente había sido pensada como un equivalente cultural de la Revolución. El romanticismo era, según Lafargue, católico y conservador y por eso había degenerado en una religión capitalista y burguesa en tiempos del imperio.[45]

Después de Chateaubriand y Hugo no hubo manera de que la literatura francesa rompiera el molde romántico. Stendhal, Balzac y Musset lo habían intentado en su juventud, pero acabarían sucumbiendo al "naturalismo moderno", que era "un apéndice del romanticismo".[46] La valoración de Zola no era menos áspera, ya que según Lafargue el escritor "pintaba la clase obrera con rasgos repugnantes".[47] Eran duros e inapelables los juicios literarios de Lafargue y dejaban en el aire autores como Gustave Flaubert, de muy difícil clasificación. Queda la incógnita de qué habría pensado sobre esos juicios el propio Marx, tan admirador de Heine como de Balzac.

Otro de los temas al que Lafargue dedicó recurrentes intervenciones en sus últimos treinta años de vida fue el del feminismo. En 1886, en **El Socialista**, hacía una reseña dura de la novela **Safo** de Alphonse Daudet, donde encontraba un retrato perfecto de la mujer según la moral burguesa de la Tercera República.[48] También ese mismo año publicaba, en **La Nouvelle revue**, un largo comentario sobre las ceremonias y canciones populares del casamiento en el que introducía observaciones pertinentes sobre el patriarcado y el matriarcado en Europa, a partir de lecturas antropológicas. Desde entonces Lafargue intentaría encontrar en la antropología y la

38 *Ibídem*, pp. 29 y 77.
39 Paul Lafargue, **The Right to be Lazy and Other Studies**, *op. cit.*, p. 105.
40 *Ibídem*, p. 110.
41 Paul Lafargue, **La Légende de Victor Hugo**, París, Libraire de G. Jacques & Cie, 1902, p. 18.
42 *Ibídem*, pp. 19-20.
43 *Ibídem*, p. 23.
44 *Ibídem*, pp. 66-68.
45 Lourdes Arencibia Rodríguez, **Paul Lafargue, el crítico literario**, La Habana, Colección Sur, 2021, pp. 87-88.
46 *Ibídem*, pp. 101-102.
47 *Ibídem*, p. 122.
48 *Ibídem*, pp. 36-37.

etnología evidencias de sociedades matriarcales que cuestionaran el machismo moderno.[49]

A partir de los estudios de Lewis H. Morgan y Johan Jakob Bachofen, pero también de Herbert Spencer, Francis James Gillen y Friedrich Engels, Lafargue utilizó las evidencias de rastros de civilizaciones matriarcales para cuestionar el machismo europeo. Así, consideraba el mito de Prometeo, el titán que roba para los hombres el fuego a los dioses, tan popular en la cultura comunista y socialista, como un relato profundamente patriarcal, que desconocía el hecho elemental de que habían sido las mujeres las guardianas del fuego durante buena parte de la historia antigua, medieval y moderna.[50]

En su más conocido ensayo "El matriarcado", Lafargue sostendrá que la antropología y la etnología estaban "desmoronando" el "axioma social de que el padre es la cabeza natural de la familia", que se consideraba "más inamovible que una roca".[51] Además de a Morgan, a Bachofen y a Spencer, citaba a otros autores británicos como Mac Lennan, Lubbock o Tylor, toda una literatura darwinista y evolucionista, que Lafargue aprovechó para cuestionar el machismo y el racismo.

Así como en las comunidades naire de Malabar o en los pueblos tuaregs del norte de África, se encontraban formas de organización familiar alternativas a las del patriarcado occidental, en civilizaciones del capitalismo menos avanzado era posible hallar relaciones más horizontales entre las razas.[52] Entre los españoles menos sometidos a la modernización capitalista, los "andaluces atrevidos, morenos como las castañas, derechos y flexibles como una vara de acero", era posible encontrar una disposición al ocio y una horizontalidad racial que, según Lafargue, iban de la mano.[53]

Como Marx y Engels, Lafargue enfocaba el tema del racismo a partir del conflicto de clases. Pero de un modo más acentuado que cualquiera de sus maestros alemanes, el pensador francés aprovechaba el darwinismo social para desafiar el dogma de los derechos naturales del hombre.[54] Así como, entre los hombres, la igualdad se distinguía por la riqueza o la propiedad, entre los caballos también había una diferenciación a partir de la división del trabajo: los había aristocráticos, domésticos, de trabajo o de carrera.[55]

El único caballo verdaderamente libre era el salvaje, el cimarrón, el mustang o el mesteño. Esa analogía cuestionaba de raíz la contraposición entre civilización y barbarie que difundía la antropología evolucionista europea y que suscribieron en Hispanoamérica no pocos letrados como Domingo Faustino Sarmiento y Carlos Octavio Bunge en Argentina, Francisco Bulnes en México o Jorge Isaacs en Colombia. En la obra Lafargue se encuentra una poco explorada impugnación del darwinismo social y la etnología eugenésica, que tiene algunos puntos de contacto con la gran réplica del racismo del conde de Gobineau. propuesta por el haitiano Anténor Firmin en **La igualdad de las razas humanas** (1885).[56]

Firmin no sólo cuestionaba a Gobineau, también a otros pensadores europeos criticados por Lafargue, como el evolucionista británico John Lubbock. El haitiano es considerado un precursor del panafricanismo intelectual del siglo XX, personificado por figuras como el estadounidense W. E. B. Du Bois o el trinitario C. L R. James. Lafargue, en cambio, contemporáneo de Firmin, tendría una conexión con aquel panafricanismo por la vía de una crítica marxista a la eugenesia europea y el darwinismo social, que todavía no ha sido explorada o reconocida en su justa dimensión.[57]

En un texto sobre la influencia del darwinismo en el teatro francés, Lafargue cuestionaba a los dramaturgos, novelistas y poetas no leer a fondo la obra de Darwin. De hacerlo comprenderían mejor fenómenos como la criminalidad y el amor, las fricciones entre las razas y los géneros.[58] Ponía como contraejemplo de los literatos franceses a Fiodor Dostoyevski, el narrador más admirado por Lafargue a fines del siglo XIX, al que llamaba "genio mórbido, maestro inigualable del análisis psicológico".[59]

Como observaran José Aricó y Arturo Chavolla, los fundadores del marxismo reprodujeron muchos estereotipos eurocéntricos y racistas en sus textos, especialmente, en aquellos dedicados a América Latina.[60] Las tesis de Engels en **Dialéctica de la naturaleza** se hacían eco de las nociones evolucionistas y eugenésicas de Morgan y suscribían la justificación de la esclavitud en Estados Unidos, que Marx había insinuado desde los tiempos de **Miseria de la filosofía**.[61] Como Bruno Bauer y Moses Hess, Marx y Engels no ocultaron su fascinación con las visiones evolucionistas de la biología y la etnología británicas de fines del siglo XIX.

En Lafargue, en cambio, lo mismo que en August Bebel, el líder socialdemócrata alemán fallecido en 1913, el interés por el darwinismo se traduce en una argumentación claramente antirracista y anti eurocéntrica. En el homenaje que Lafargue

49 *Ibídem*, pp. 71-73.

50 Paul Lafargue, **El derecho a la pereza. El mito de Prometeo. El ideal socialista**, *op. cit*., pp. 105-106 y 108-109.

51 Paul Lafargue, **El matriarcado**, Madrid, Altamarea, 2021, p. 40.

52 Paul Lafargue, **The Right to be Lazy and Other Studies**, *op. cit*, pp. 111-138.

53 Paul Lafargue, **El derecho a la pereza**, *op. cit*., p. 21.

54 Paul Lafargue, **The Right to be Lazy and Other Studies**, *op. cit*., p. 157.

55 *Ibídem*, p. 158.

56 Anténor Firmin, **La igualdad de las razas humanas**, La Habana, Ciencias Sociales, 2011, pp. 3-11.

57 Cedric J. Robinson, **Marxismo negro. La formación de tradición radical negra**, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021, pp. 171-131.

58 Lourdes Arencibia Rodríguez, *op. cit*., p. 81.

59 *Ibídem*, p. 82.

60 José Aricó, **Marx y América Latina**, Ciudad de México, FCE, 2010, pp. 91-100; Arturo Chavolla, **La imagen de América en el marxismo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 209-227.

61 Friedrich Engels, **Dialéctica de la naturaleza**, Madrid, Akal, 2017, p. 154.

Rafael Rojas, "La igualdad de los caballos: Paul Lafargue y el marxismo de segunda generación", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 21-31. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1004

rindió a Bebel, en 1892, recordaba su ensayo sobre la mujer y el socialismo, pero también otro dedicado al estudio de la herencia de la civilización musulmana-árabe en el Medio Oriente, el norte de África y España, que coincidía con la visión anticolonial del cubano.[62]

Autores como Sheila Rowbotham, Hal Draper y Dora Barrancos han advertido que aquellos campos teóricos del marxismo de segunda generación —el feminismo, el antirracismo y los intelectuales— eran compartidos por Lafargue y Bebel con las hijas de Marx, Laura y Eleonor, que también escribieron sobre estos temas.[63] Difícil no relacionar este desplazamiento teórico e ideológico del marxismo de segunda generación con la labor parlamentaria que algunos de sus principales líderes desarrollaron en los poderes legislativos de Francia, Alemania y otras naciones europeas en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX.

El concepto de emancipación fue central en la obra de Lafargue, en varios de sus sentidos: la emancipación de las llamadas "razas inferiores", de las mujeres, de los obreros, de los intelectuales. No habría que forzar demasiado el argumento para encontrar en el pacto suicida de los Lafargue, el 26 de noviembre de 1911, en la villa de Draveil, un gesto liberador. Tampoco era el suicidio una trama ajena a los Marx: el autor de **El Capital** reflexionó sobre la muerte voluntaria y su hija Eleonor se quitó la vida en 1898.[64] En la nota que encontró el jardinero de la mansión, aquella tarde, el médico y pensador aseguraba que la pareja se quitaba la vida, con una inyección hipodérmica de ácido cianhídrico, antes de que "la vejez les arrebatara uno a uno los placeres y alegrías de la existencia y los despojara de las fuerzas físicas e intelectuales".[65]

Referencias bibliográficas

Anderson, Kevin B., **The Late Marx's Revolutionary Road. Colonialism, Gender, and Indigenous Communism**, Nueva York, Verso, 2025.

Arencibia Rodríguez, Lourdes, **Paul Lafargue, el crítico literario**, La Habana, Colección Sur, 2021.

Aricó, José, **Marx y América Latina**, Ciudad de México, FCE, 2010.

Barrancos, Dora, "Notas introductorias", en Paul Lafargue, **El matriarcado**, Madrid, Altamarea, 2021, pp. 9-36.

Chavolla, Arturo, **La imagen de América en el marxismo**, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Conde, Alicia (ed.), **La polémica filosófica cubana (1838-1840)**, La Habana, Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2000, 2 ts.

Del Monte, Domingo, **Centón epistolario**, La Habana, Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2002, 2 ts.

Derfler, Leslie, **Paul Lafargue and the Founding of French Marxism. 1842-1882**, Cambridge, Harvard University Press, 1991.

—, **Paul Lafarge and the Flowering of French Socialism**, Harvard, Harvard College, 1998.

Draper, Hal, "La liberación de la mujer según Marx y Engels", en **Las hijas de Karl Marx. Correspondencia familiar. 1866-1898**, Madrid, Libros Corrientes, 2019, pp. 439-484.

Engels, Friedrich, **Dialéctica de la naturaleza**, Madrid, Akal, 2017.

Escalona Delfino, José A., "Juan Bautista Sagarra. El pensador", en **Santiago**, n° 109, 2006, pp. 5-18.

Firmin, Anténor, **La igualdad de las razas humanas**, La Habana, Ciencias Sociales, 2011.

Güereña, Juan Luis, "**La Emancipación. 1871-1873**", en J. T. Álvarez et. al., **Prensa obrera en Madrid**, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987, p. 139.

—, "Contribución a la biografía de José Mesa: de **La Emancipación** a **L'Égalité**", **Estudios de historia social**, n° 8/9, Madrid, 1979, pp. 129-141.

Guerra y Sánchez, Ramiro, **Mudos testigos. Crónica del ex cafetal Jesús Nazareno**, La Habana, Lex, 1948.

Hazareesingh, Sudhir, **Black Spartacus. The Epic Life of Toussaint Louverture**, Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux, 2020.

Hierrezuelo-Planas, María Cristina, "Juan Foch: un profesor de todos los tiempos", en **Santiago**, n° 130, 2013, pp. 5-17.

James, C. L. R., **Los jacobinos negros. Toussaint Louverture y la Revolución de Haití**, Madrid, Turner, 2003.

Lafargue, Paul, **Recuerdos de Marx**, Ciudad de México, Omegalfa, 2016.

—, "La organización del trabajo", en **La Emancipación**, n° 15, 19/9/1871.

—, "La apología de San Simón", en **La Emancipación**, n° 30, 7/1/1872.

—, "La huelga de los ricos", en **La Emancipación**, n° 31, 14/1/1872.

—, "La panacea de la burguesía I", en **La Emancipación**, n° 33, 28/1/1872.

—, "La panacea de la burguesía II", en **La Emancipación**, n° 34, 4/2/1872.

—, "La Internacional ante los partidos políticos", en **La Emancipación**, n° 49, 29/5/1872.

—, "El pacto de Saint-Imier", en **La Emancipación**, n° 69, 23/10/1872.

—, "La Internacional en España", en **La Emancipación**, n° 81, 4/1/1873.

—, **The Right to be Lazy and Other Studies**, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1907.

—, **Social and Philosophical Studies**, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1906.

—, **El derecho a la pereza. El mito de Prometeo. El ideal socialista**, Ciudad de México, Grupo Editorial Tomo, 2015.

—, **La Légende de Victor Hugo**, Paris, Libraire de G. Jacques & Cie, 1902.

—, **El matriarcado**, Madrid, Altamarea, 2021.

—, **El derecho a la pereza**, Ciudad de México, Grijalbo, 1970.

Liedman, Sven-Eric, **Karl Marx. Una biografía**, Madrid, Akal, 2010.

62 Paul Lafargue, **El derecho a la pereza**, Ciudad de México, Grijalbo, 1970, p. 146.

63 Sheila Rowbotham, "Introducción", en Jenny, Laura y Eleonor Marx, **Las hijas de Karl Marx. Correspondencia familiar. 1866-1898**, en *op. cit*., pp. 15-52; Hal Draper, "La liberación de la mujer según Marx y Engels", en *Ibídem*, pp. 439-484; Dora Barrancos, "Notas introductorias", en Paul Lafargue, **El matriarcado**, *op. cit*., pp. 9-36.

64 Karl Marx, **Acerca del suicidio**, Buenos Aires, Editorial Las Cuarenta, 2012, pp. 63-99.

65 Paul Lafargue, **El derecho a la pereza**, *op. cit*., p. 159.

Marx, Jenny, Laura y Eleonor, **Las hijas de Karl Marx. Correspondencia familiar. 1866-1898**, Madrid, Libros Corrientes, 2019.

Marx, Karl, **Acerca del suicidio**, Buenos Aires, Editorial Las Cuarenta, 2012.

Marx, Karl y Friedrich Engels, **Obras escogidas**, Madrid, Akal, 2015, 2 ts.

Morales, Salvador, **Pablo Lafargue: textos escogidos**, La Habana, Ciencias Sociales, 1976.

Pérez de la Riva, Francisco, **El café: historia de su cultivo y explotación en Cuba**, La Habana, J. Montero, 1944.

Ralle, Michel, "**La Emancipación** y el primer grupo marxista español", en **Estudios de historia social**, n° 8/9, Madrid, 1979, pp. 99-108.

Roa, Raúl, "Evocación de Pablo Lafargue", en **Cuba Socialista**, n° 6, 1962, pp. 55-58.

Robinson, Cedric J., **Marxismo negro. La formación de tradición radical negra**, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

Rodríguez, José Ignacio, **Estudio sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a Estados Unidos**, Miami, Editorial Cubana, 2001.

Rowbotham, Sheila, "Introducción", en Jenny, Laura y Eleonor Marx, **Las hijas de Karl Marx. Correspondencia familiar. 1866-1898**, Madrid, Libros Corrientes, 2019, pp. 15-52.

Saco, José Antonio, **Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba**, París, D'Aubusson y Kugelmann, 1858.

Sperber, Jonathan, **Karl Marx**, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.

Tarcus, Horacio, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Vadillo Muñoz, Julián, "Bajo el influjo de un italiano y un francés. Fanelli y Lafargue en la fundación de la Internacional en España", en **Investigaciones Históricas**, Universidad de Valladolid, n° 37, 2017, pp. 175-203.

Resumen

El artículo reconstruye la trayectoria intelectual y política de Paul Lafargue desde sus orígenes familiares en el Caribe hasta su consolidación como figura del marxismo europeo de segunda generación. A partir de su formación médica, sus vínculos iniciales con el blanquismo y el proudhonismo, su incorporación a la Primera Internacional y su actuación en España, examina tanto su fidelidad política a Marx y Engels como sus desplazamientos teóricos. El análisis se concentra especialmente en sus críticas a la moral del trabajo, el romanticismo y el naturalismo, y en sus reflexiones sobre los intelectuales, las mujeres, el patriarcado, el racismo y el darwinismo social. Se sostiene que Lafargue amplió el horizonte emancipatorio del marxismo más allá de la identidad obrera, articulando preocupaciones feministas, antirracistas y anti eurocéntricas que permiten reconsiderar su lugar en la historia intelectual del socialismo.

Palabras clave: Paul Lafargue; marxismo de segunda generación; emancipación; feminismo; antirracismo

The Equality of Horses
Paul Lafargue and Second-Generation Marxism

Abstract

This article reconstructs Paul Lafargue's intellectual and political trajectory from his Caribbean family origins to his consolidation as a major figure of Second-Generation European Marxism. Beginning with his medical training, his early ties to Blanquism and Proudhonism, his incorporation into the First International, and his political activity in Spain, it examines both his political loyalty to Marx and Engels and his theoretical departures from them. Particular attention is given to his critique of the work ethic, Romanticism, and Naturalism, as well as to his reflections on intellectuals, women, patriarchy, racism, and Social Darwinism. The article argues that Lafargue broadened Marxism's emancipatory horizon beyond working-class identity by developing feminist, antiracist, and anti-Eurocentric concerns that complicate conventional accounts of his thought and invite a reassessment of his place in the intellectual history of socialism.

Keywords: Paul Lafargue; Second-Generation Marxism; emancipation; feminism; antiracism